

HOMENAJE A VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Armando Nieto Vélez S.J.¹

El 14 de diciembre de 1966, un día antes de cumplir ochentitrés años de edad, falleció en Nueva York, Víctor Andrés Belaunde. La Asamblea General de las Naciones Unidas -de la que había sido presidente en 1959- le tributó un emocionado homenaje. El embajador Pazhwak, de Afganistán, que presidía entonces la Asamblea, dijo estas sentidas palabras: "No busquéis su tumba en la tierra, porque ya vive en la mente de los sabios y en el corazón de los que saben amar".

Al cumplirse tres decenios de su partida, el recuerdo del sabio y del amigo nos convoca en este Instituto que él creó. Familiares, amigos y discípulos pensamos que, si bien la ley inexorable de la vida humana va desvaneciendo muchos perfiles de lo que fue para nosotros cercanía cálida e inmediata de la personalidad de Víctor Andrés, se mantiene, sin embargo, el influjo de su pensamiento, de sus vigorosas intuiciones sobre el Perú y sobre la comunidad internacional y sobre el valor de la fe religiosa en la existencia personal y colectiva.

A lo largo de estos treinta años es mucho lo que se ha dicho y escrito sobre Víctor Andrés y los múltiples aspectos de su vida y obra. No se trata de reiterar aquí testimonios sobre Belaunde internacionalista, orador parlamentario o delegado del Perú ante las Naciones Unidas. La circunstancia de encontrarnos en el Instituto Riva-Agüero me ofrece la oportunidad de recordar a su fundador y primer director, y recordar también lo que él quiso que fuese esta casa de estudios.

En sus *Memorias*, publicadas en 1967 con el título de *Trayectoria y destino*, escribía Víctor Andrés:

La juventud estudiosa y los hombres de pensamiento y de sentido patriótico consideraron la muerte de Riva-Agüero como una inmensa pérdida para el Perú. Para mí fue un verdadero desgarramiento espiritual, porque Riva-Agüero había sido el compañero espiritual, primero en mis inquietudes patrióticas y después en el consuelo de la fe. Poco tiempo después moría el

Padre Jorge, el glorioso intuitivo del renacimiento de los estudios superiores en el Perú bajo la sombra de la fe cristiana. Nos dejaba el milagro de la institución que no tuvo en sus orígenes más capital que su fe y su labor de misionero intelectual. La Universidad Católica, dije alguna vez, es una “Casa libre de Estudios levantada a la vera de las certidumbres eternas”. Me hice cargo del Rectorado y, con el apoyo del Consejo, logramos consolidar la situación económica respecto de la herencia dejada por Riva-Agüero. Era mi propósito unir las memorias del Padre Jorge y de Riva-Agüero, intensificando y extendiendo la obra del primero y creando en honor del segundo un Instituto que llevaría su nombre y destinado a que la juventud continuara su obra y sus inquietudes espirituales en Historia Patria, en Literatura y en Filosofía Cristiana. Tal fue el origen del Instituto Riva-Agüero, en cuya fundación y dirección tuve la eficaz y leal compañía de José Agustín de la Puente Candamo. Llegaba a su hora la fundación de semejante Instituto. Era indispensable que al lado de la enseñanza profesional existiera una institución que representara las disciplinas desinteresadas, alentando la publicación de estudios originales y de verdadera investigación científica y formar en el seno mismo de nuestra Universidad los futuros profesores que deberían perpetuar nuestro mensaje de fe religioso y patriótico.

Tengo la satisfacción -y lo digo con agradecimiento- de haber pertenecido a los primeros grupos de trabajo que se iniciaron en los caminos señalados por la fe y el entusiasmo de Víctor Andrés y por la perseverancia de José Agustín de la Puente, quien marcaba la continuidad en la labor, ya que el importante cargo de Belaunde en la ONU lo mantenía durante varios meses al año alejado físicamente del Instituto.

En el Seminario de Historia nos resultaban familiares las intuiciones y preocupaciones de Víctor Andrés sobre el ser nacional. Él había difundido la palabra *peruanidad*, y deseaba que nosotros, alejados de la retórica vacua, cultivásemos investigaciones serias y orientadoras acerca de las raíces de la Patria. Su preocupación era una variante actual de los afanes del primer *Mercurio Peruano*, que en su presentación anunciaba como finalidad primaria “hacer más conocido el país que habitamos”.

En efecto, la función de estímulo que en los hombres del *Mercurio* en 1791 cumplió el pensamiento europeo ilustrado y que los condujo a abordar temas

del país, fue ejercido un siglo después, en la generación del novecientos, por la experiencia dolorosa y aleccionadora de la Guerra del Pacífico.

Al igual que Riva-Agüero y los García Calderón, Víctor Andrés representa a una generación “cuya infancia se había entristecido en hondas desventuras nacionales”. Se empeñaron por ello en la construcción de un futuro nuevo, no copiando modelos extranjeros sino ahondando y comprendiendo nuestras raíces. Todos los estudios y libros que surgieron de esa generación tuvieron como tema central el Perú. La labor de definición de la peruanidad cumplida por Belaunde abarca dos grandes períodos de su vida: una, crítico y hasta polémico, en libros como *La crisis presente*, los ensayos reunidos en *Meditaciones peruanas y La realidad nacional*; y otro, más denso y de sedimentación, en *Peruanidad, La síntesis viviente* y numerosas obras menores.

A mi generación le tocó en el Instituto conocer y apreciar de cerca al Belaunde de la madurez, con su vital y contagiante fe católica, reencontrada y sólidamente nutrida en la lectura de la Biblia, San Agustín y los grandes convertidos europeos. Es el Belaunde de los años 40 y 50, con su creencia en el Perú y tenaz empeño en la defensa de nuestros derechos internacionales. Y junto a esa tarea, su afirmación, mundialmente reconocida, de los ideales de convivencia pacífica y el esfuerzo por lograr un orden más justo que imaginaba vinculado a la doctrina social de la Iglesia.

Decidido impulsor del Seminario de Peruanidad en este Instituto, Belaunde aportó el amplísimo caudal de información sociológica, histórica y filosófica, que nos hizo compartir. Llamó a colaborar como conferenciantes a ilustrados especialistas. Recuerdo en particular las disertaciones sobre la ciudad peruana (prehispanica, colonial y republicana) de Fernando Belaunde Terry, Luis Ortiz de Zevallos Paz Soldán y Luis Dórich. En el orden del pensamiento histórico-sociológico no le eran ajenas las intuiciones de Dawson, Toynbee, Sorokin o Maritain. Señaló lúcidamente las debilidades internas de los sistemas materialistas, medio siglo antes de su estrepitosa caída en los países del Este europeo.

Fue *Peruanidad* tal vez su libro más elaborado. Se esforzó por mejorarlo en la segunda edición de 1957. Tuve la suerte de ayudarlo en la búsqueda y verificación de las citas históricas, sobre todo en lo referente a la acción civilizadora de la Iglesia. Me atrevo a pensar que la inspiración de Víctor Andrés está presente en la formulación del artículo 50 de nuestra Constitución Política: “Dentro de un régimen de independencia y autonomía, el estado reconoce a la Iglesia Católica

como elemento importante en la formación histórica, cultural y moral del Perú, y le presta su colaboración”.

La palabra *peruanidad* es difícil definirla, si bien todos estamos de acuerdo en lo que significa. De ello ha escrito Jorge Guillermo Llosa en su libro *En Busca del Perú*:

No es ociosa la discusión sobre el significado de la palabra *Peruanidad*. Algunos consideran que carece de sentido porque no apunta a nada real. Luis Alayza anota que ella no figura en el Diccionario de la Lengua. Naturalmente que una simple y desprejuiciada reflexión nos lleva a pensar que por “peruanidad” se entiende una conexión posesiva, una referencia a algo que, en algún sentido, pertenece al Perú. Así se habla, geográfica y jurídicamente, de la peruanidad de Garcilaso, Palma o Pancho Fierro, indicando un modo de ser que pertenece distintivamente al alma peruana. La cuestión se transforma en problema de saber metafísico cuando por peruanidad expresamos -como lo hace Belaunde- “una teoría de la Nación Peruana”. Perú y Peruanidad no son términos equivalentes e intercambiables. El Perú es el ente, la Peruanidad es la esencia. El Perú es aquello que han determinado la geografía, la historia, el hombre. La Peruanidad es el vínculo espiritual que confiere a ese ser concreto una fisonomía propia, un alma colectiva, una vocación hacia un destino personal e intransferible.

En abono de la justa interpretación de la doctrina belaundiana hay que decir que nadie puede desconocer el estilo propio de esta sociedad, producto de un medio geográfico y de una continuada evolución histórica, así como de tradiciones con su carga de responsabilidades, de dolores y glorias. Se trata, en otras palabras, del “proyecto sugestivo de vida en común”, de que habla Ortega y Gasset; de la “tierra y los muertos” de Maurice Barres, del “plebiscito de todos los días” de Renán, de la voluntad de corporación viviente y activa de Kohn.

Dentro de esta filosofía de la peruanidad, en la entraña misma de sus sustentos fundamentales se halla el criterio ético-religioso, la jerarquía de valores que postula la revelación cristiana. Sin duda es éste el rasgo que se advierte con más énfasis y continuidad en el pensamiento de Belaunde. Permíteseme un recuerdo personal. Durante los meses de junio y julio de 1951 ofreció Víctor Andrés en el Instituto un cursillo sobre la evangelización y la formación de la conciencia nacional en el Perú. El cursillo se transformó en un largo ensayo publicado en

el primer número de nuestro *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. Más tarde, algo más desarrollado formó parte como capítulo VI de la tercera edición de *Peruanidad*. Cuando me dictaba en la “torre de papel”, es decir en la biblioteca de su casa de San Isidro, las páginas finales de ese ensayo, podía yo notar la fuerza y convicción con que pronunciaba las frases; cómo quería unir la expresión estilística al vigor y nitidez de las ideas. Estaba persuadido de que transmitía algo que para él (y espero que también para nosotros) era la suma y compendio de su pensamiento filosófico y sociológico. El texto es el siguiente, y confío que se perdonará nuevamente la transcripción de tan larga cita:

Todos estos aspectos giran alrededor de un hecho principal: un vínculo de carácter espiritual creado definitivamente para todos los pobladores del Perú sin distinción de razas y de condición social en una efectiva comunidad igualitaria. Gravita a mérito de la evangelización la misma conciencia de nuestro origen, de nuestra común filiación divina y de nuestro común destino ultraterreno. En esa vinculación espiritual estriba el secreto de esto que se llama, quizá imperfectamente, la conciencia nacional. Ella se plasma en el amor de la tierra y se alimenta del recuerdo de las tradiciones comunes y del aliento de las mismas esperanzas. Pero la fuerza íntima, el secreto supremo de esta comunidad, radica en el sentimiento religioso. Los más grandes sociólogos han visto en él el factor aglutinante por excelencia, la base de la cohesión social, la fuerza viva que anima a la sociedad, Y por esto es que sentamos como la conclusión definitiva de este rápido recorrido, de esta revista incompleta de las primeras etapas de la evolución religiosa del Perú, que la evangelización está unida estrechamente a la aparición del sentimiento de la nacionalidad.

...los hechos esenciales que ha vivido una sociedad crean como un ambiente cuya vibración persiste todavía. Y en esta continuidad y en las manifestaciones de su vida actual encuentran el sociólogo y el filósofo de la cultura pruebas de mayor valor que las que se refieren con detalles controvertibles a limitados aspectos del propio fenómeno religioso.

Hay felizmente en los hechos como en las ideas, una jerarquía esencial de valores. Hay hechos síntesis porque contienen el complejo de otros hechos. Hay hechos muertos y hechos sobrevivientes de una continuidad temporal que les da cierto sello de eternidad. Y entonces se ilumina el origen de los acontecimientos históricos por esta marcha

retrospectiva a través de las resonancias que nos llegan hasta la actualidad.

La nacionalidad como expresión de una comunidad espiritual ha tenido su origen y ha sido mantenida por la fuerza del sentimiento religioso. La verdad histórica que se manifiesta en los diversos períodos tiene su expresión en el momento actual. Los contrastes económicos, las luchas políticas, las rivalidades de clase, conspiran contra la unidad. Sólo la permanencia, la raigambre y la fuerza del sentimiento religioso son la garantía de la cohesión y la unidad.

La expresión “jerarquía de valores” aparece varias veces en el mencionado ensayo porque traduce una honda preocupación de su autor. La cultura entendida no como yuxtaposición o suma aritmética de manifestaciones de la civilización y del progreso del hombre, concepción en la que cada elemento entra con el mismo coeficiente, como monedas de idéntico valor. La rueda, el bronce, la tracción animal, la escritura, en el mismo saco que el monoteísmo, la redención de Cristo, la dignidad de la persona, la trascendencia de la vida. Por más que este culturalismo neutro, fenoménico y relativista se halle vigente en muchas ideologías actuales, no era ése ciertamente el pensamiento de Víctor Andrés Belaunde, mente privilegiada, de robusta fibra ética.

Se ha interpretado la peruanidad de Belaunde como si quisiera deprimir o rebajar los valores de las culturas prehispánicas. No hay tal cosa, puesto que él mismo ha reivindicado la importancia de los grandes legados del Incario. Víctor Andrés se congratula de que un historiador como Toynbee en su obra *Un estudio de la historia* haya visto en los Incas a los fundadores del Estado universal andino, creadores de una magna estructura política, de una organización integral en la región andina de la América del Sur. Es maravilla histórica su admirable dominio del territorio, de esa difícilísima geografía. Pero añade Belaunde que el Imperio de los Incas no llegó a constituir una nación ni dio las dimensiones esenciales del Perú de hoy. Y sin embargo, quien lea y aprecie las páginas dedicadas por Belaunde a la obra del Incario o al problema indígena podrá admirar la lucidez y sincera admiración que suscitan en Belaunde los valores de la herencia prehispánica y la afirmación positiva del mestizaje.

Como ha escrito César Pacheco Vélez, la concepción del mestizaje para explicar la entraña del Perú no es una hipótesis artificial y arbitraria, sino la lectura directa de los hechos, que confirmaban incontestablemente el sentido creador de nuestro proceso histórico. Esa lectura de los hechos la hizo Belaunde a la luz de su

penetrante talento y de sus certeras intuiciones. Descartó las interpretaciones unilaterales del Perú: la interpretación peninsularista, que otorgaba peso decisivo y total preponderancia a los elementos importados; la tesis autoctonista, que colocaba lo hispánico como una superestructura artificial destinada a desaparecer; la hipótesis fusionista que, como hemos recordado, atiende la transcripción de elementos, pero sin jerarquizarlos sino más bien con cierta confusión e incoherencia.

La tesis peninsularista, según Belaunde, nos condena a una copia de un modelo lejano y a negar una parte sustancial de nuestra realidad. La segunda (la autoctonista) nos condena a una perpetua rebelión contra la cultura occidental y a una imposible reversión histórica. La tercera (fusionista), a una mecánica yuxtaposición o mezcla, que puede aplicarse al orden material, biológico y económico, pero que no puede explicar los aspectos superiores de la cultura.

Por el contrario, en la peruanidad integral encontramos en armoniosa y jerárquica unión el *logos*, el *pathos*, el *estetos* y el *teknos* de cada una de las vertientes. La peruanidad la entiende Belaunde como la aplicación a la experiencia histórica de su doctrina de la síntesis viviente.

“La peruanidad -escribe- es una síntesis comenzada pero no concluida. El destino del Perú es continuar realizando esa síntesis. Ello da un sentido primaveral a nuestra historia. Todo cuanto conspira contra esa síntesis es condenable por ser contrario a nuestra vocación”.

Frente a los tremendos desafíos de la hora presente y a la crisis de valores que afecta a parte de nuestro pueblo, es verdad que no hay recetas prefabricadas. Pero de una cosa si podemos estar seguros: de que el camino de la solución pasará siempre y en toda hipótesis, no por el individualismo egoísta, sino por la solidaridad; la solidaridad en los valores espirituales que se resumen en dos vocablos que siempre puso Belaunde a la cabeza de sus ensayos y meditaciones: tradición y destino.

En una página célebre en su monumental novela *En busca del tiempo perdido*, reconstruye Marcel Proust morosamente y con pasmosa destreza gran parte de su infancia en Combray. Y lo hace a partir de un trozo de bizcocho remojado en té. Una poderosa virtualidad evocadora surge esta noche en este lugar. Han transcurrido treinta años desde la muerte de Belaunde en Nueva York. Un largo período en que tantas personas vinculadas al Instituto Riva-Agüero y a Víctor Andrés han desaparecido. Pero la fuerza especial de este singular aniversario, la

HOMENAJE A VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

presencia de antiguos amigos, aquí, en esta Sala, junto a los ambientes de la mesa ovalada y de la Dirección, suscitan penetrantemente el vivo recuerdo del Maestro Belaunde, y rescatan con diáfana nitidez el valor permanente de su ejemplo y la serena plenitud de su enseñanza de quien es uno de los grandes forjadores de la Patria. □

NOTA

- 1 Discurso de orden leído en el acto conmemorativo del 30° aniversario de la muerte de Víctor Andrés Belaunde celebrado en el Instituto Riva-Agüero, 13 de diciembre de 1996.*